

# El mensaje de Lisímaco Chavarría

CARLOS LUIS ALTAMIRANO

Cuando se habla de los pueblos que contribuyen al efectivo sostenimiento de los valores nacionales, que se empeñan en mantener el espíritu cívico de Costa Rica, hay que mencionar a San Ramón. Pueblo noble, amante del bien y la belleza, San Ramón ha sabido redescubrir virtudes y valores fundamentales del ser costarricense. Lisímaco Chavarría, hijo preclaro de esta tierra hospitalaria, confirma la elevada calidad humana del pueblo ramonense.

Es grato leer al poeta Lisímaco Chavarría. Nos gusta por su sencillez, por la nobleza de sus sentimientos, por su identificación con los humildes, por su amor a la patria, por su sentido fraterno de la vida. Con familiaridad y deleite, su mirada poética se detiene en todo lo que ha hecho grande a Costa Rica. A Lisímaco le interesan las superioridades del ser costarricense, no sus flaquezas. Escribe poemas para ponderar el encanto, la dignidad y la gloria de Costa Rica. Después de leer sus poesías se siente la necesidad de testimoniarse efusivo tributo de gratitud al hombre bueno y llano que las escribe.

Lisímaco contribuyó, sin duda, al fortalecimiento de la conciencia nacional. En todos los rincones del país encuentra la belleza nativa y la bondad de nuestros campesinos. Elogia a los formidos carboneros, a los valientes mineros, a los esforzados labradores, a las alegres cogedoras de café. Esta es tierra de hombres rectos y laboriosos. El amor al paisaje es importantísimo para conocer a la patria. El goce del paisaje ocupa un lugar prominente en su poesía. En todo costarricense genuino vive un labriego. Lisímaco centra su interés poético en nuestras campiñas y sus encantos. Revaloriza la vida rural frente a la urbana. Contempla las cosas nuestras con ojos amorosos. El poeta, el pintor, el escultor, el periodista, el maestro, porque todo esto fue Lisímaco, se sintió cautivado por la belleza y la bondad de Costa Rica. Con una frase de Martí podemos expresar la convicción más profunda y querida de Lisímaco: "La patria es dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie".

Los carboneros recoge el sentir de Lisímaco sobre aspectos significativos de la vida nacional. Dos carboneros —uno joven, otro viejo— hablan de su trabajo y de su pacífica existencia. Son un símbolo de la Costa Rica laboriosa y austera, que empieza a inquietarse por "las mentiras y los vicios" de las ciudades. El carbonero viejo es "ancho de espaldas y de pie robusto", "el trabajo sin tregua lo hizo fuerte y la honradez dulcificó sus ojos". Ambos son felices, aman el trabajo y viven en paz. Cantan los aires de su terruño y celebran su existencia humilde, rodeada de pureza y sencillez. ¿No es la sencillez la clave de la vida feliz y sana?

Su riqueza la cifran en dos vacas, un pedazo de tierra de plantío que protege del viento la pradera, sus niños, sus esposas, el bohío y el campo de labor: la carbonera.

El campo nos instala en el ser costarricense. Con su patriarcal amor a la tierra y sus hábitos laboriosos, con su fe en Dios y su firme voluntad de arrostrar peligros y privaciones, el campesino dejó influencias duraderas en los ideales y anhelos de Costa Rica. De estos influjos nace la unidad y continuidad entre la Costa Rica de ayer y la de hoy. A nuestros labriegos el contacto con la madre tierra les despierta ideas generosas y fecundas, les reafirma su pacifismo y les fortalece su tenaz voluntad de sencillez y libertad. En el trabajo duro y fatigoso del campesino, la patria adquirió conciencia de su propia valía. Allí, sobre el surco, se hizo libre y creadora de su propio



Al cumplirse los 75 años de la muerte de Lisímaco Chavarría, Carlos Luis Altamirano revive los ideales poéticos del autor: el amor al paisaje rural, la vida del labriego, la honradez y buenas costumbres de antaño.

destino.

Los carboneros de Lisímaco aman la vida familiar. Para un pueblo de costumbres simples y vida austera la familia es la fuente de los afectos nobles, la raíz de todo afán de mejora y progreso. Indispensable para transmitir tradiciones y valores, la familia garantiza, además, el avance del país. El espíritu de familia asegura la estabilidad de la república, el vigor de sus principios. La vida hogareña le infunde a Costa Rica la fuerza necesaria para que prosiga su gradual ascenso. El sentimiento del hogar pertenece a las vivencias más entrañables del pueblo costarricense.

Sinceros, sin dolo, sin artificio, los carboneros no rinden culto al becerro de oro, ni añoran "el enfermizo placer de los pudientes". No ambicionan ganancias por encima de sus necesidades. Sólo buscan "el bien habido pan para sus hijos" y contribuir, con su cotidiana labor, a la comodidad de sus compatriotas. "Trabajo y honradez son nuestros amos". Llenos de confianza en sí mismos, ven el lado bueno de la vida y esparcen la alegría de vivir a su alrededor. Sus convicciones profundas sobre la familia y las satisfacciones que esta depara, así como su claro sentido de la eterna alianza entre la paz y el trabajo, explican su entusiasmo vital y su actitud positiva frente al mundo.

El pensamiento poético de Lisímaco está enraizado en lo

profundo de la idiosincrasia costarricense. Los campesinos, los trabajadores rurales, encarnan las creencias que unifican a nuestro pueblo en un todo singular. Son hombres corrientes que viven para perfeccionarse en el trabajo y el amor. Respiran a plenos pulmones el aire de las campiñas, el aire puro lavado por la lluvia, y se sienten en completa unidad con la naturaleza. El sustantivo "campo" engloba lo mejor para el ser costarricense. Todo es belleza y maravilla en nuestra tierra; pero estamos acostumbrados a verlas y no hacemos caso de ellas. Los carboneros no han perdido su capacidad de admirar el encanto de las escenas campestres. Hasta la jornada laboral diaria se les vuelve maravillosa. Su actitud parece decirnos que sólo la vida laboriosa cotidiana, concreta, al servicio de los demás, está viva y es auténticamente humana.

El oficio de carbonero está en camino de extinguirse, si no ha desaparecido ya del todo. Los tiempos cambian. Pero los carboneros de Lisímaco hoy, en otros menesteres, como ayer en los de hacer el negro combustible, seguirían siendo apóstoles de la constancia en servir y enaltecer a la patria, y amantes de la honradez y buenas costumbres de antaño. Además de ser estampa del paisaje y la vida de una época, Los carboneros corroboran lo que muchos pensamos: desde la eternidad ya estaba el genuino costarricense enamorado del hogar, la paz y el trabajo.